

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

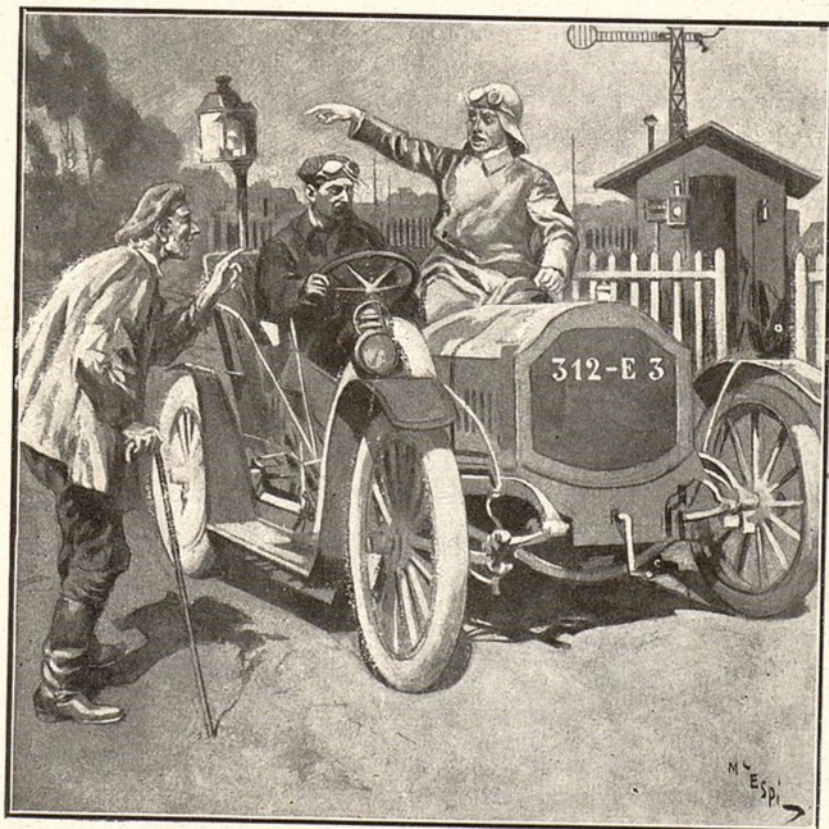


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 1.º DE AGOSTO DE 1909

NÚMERO 83



GRANDEZAS HUMANAS

I

Los cortesanos y el pueblo murmuraban con acritud de la soberbia y orgullo del príncipe Lindoro, viendo en él para lo porvenir, cuando sucediese en el trono á su padre Filopator, un monarca despótico y cruel, á la usanza de aquellos que execra la Historia; Lin-

Ayuntamiento de Madrid

doro habíase enajenado las simpatías de sus futuros súbditos, que le miraban entre recelosos y atemorizados.

En una lejana excursión que el joven Príncipe realizaba por los confines del reino, vióse precisado el *chauffeur* á parar el carruaje delante de la cadena tendida de un paso á nivel.

Impaciente el augusto viajero por la detención, ordenó al conductor autoritariamente:

—¡Avanza!

El *chauffeur* murmuró respetuoso:

—Perdone V. A.; pero es imposible cruzar la vía; el guardabarrera me dice que hay un tren á la vista.

—Di al guarda que franquee el paso

—No puedo cumplir su deseo, señor—replicó cortésmente, acercándose al vehículo, el guarda, un viejecito que se apoyaba para andar en un fuerte bastón de fresno.

—¡Yo lo mando!

El viejo, moviendo la cabeza, continuó:

—De un momento á otro pasará el rápido, y me está prohibido terminantemente quitar la cadena para nadie.

—Para mí, sí; ¿sabes quién soy yo, viejo imbécil...?

—Lo ignoro; aun cuando fuerais el propio Rey, no olvidaría por esto el cumplimiento de mi deber.

Y sin abandonar su actitud respetuosa, pero con acento de sutil ironía, murmuró:

—Esperad el paso del rápido, y después me complaceré en servirlos en todo cuanto os plazca

—¡Cara ha de costarte la estupidez!—gruñó iracundo el Príncipe.

—¡Bah, señor!—replicó el viejecito,—cómo se conoce que sois joven. Vuestra vehemencia os hace confundir el deber con la estupidez. ¡Ah, también yo, también yo en mis mocedades fui impetuoso, y llamé estúpida é imbécil á la gente pobre y humilde!

Y reparando en los blasonados timbres de la portezuela del carruaje principesco, quitóse el anciano la gorra, y haciendo una gentil reverencia, preguntó emocionado:

—¿Sois por ventura el príncipe Lindoro...?

—¡Sí!—replicó agriamente el interpelado.

—¡Cuántas veces este pobre viejo que os habla ha tenido en brazos á V. A...!

—¿Tú...? ¿Estás loco...?

—Sí, yo, y ojalá fuera cierta mi locura: no me mortificaría reco-

dar siempre que por mi soberbia y por mi ambición troqué los esplendores de duque de Reseda y gran chambelán del reino por la miserable obscuridad de un guardabarrera...

—¿Eres tú el duque de Reseda?—interrumpió admirado el Príncipe.

Concluirá.





ALFONSITO EL SABIO

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO Y TRES CUADROS, ESCRITA SOBRE UN PENSAMIENTO DE BERQUIN, POR C. L. DE C.

PERSONAJES

D. LUIS LATORRE	36 años.	} sus hijos.	SEBASTIÁN (padre de Perico).	35 años.	} hijos.
EMILIA (su mujer)	30 »		MARUJA	13 »	
ALFONSO	13 »		RAFAEL	12 »	
PURA	12 »		JACOBO	10 »	
PERICO	14 »		D. JUAN MARTÍN	40 »	

CUADRO PRIMERO

Un gabinete en la finca de Latorre. Muebles de campo.

ESCENA PRIMERA

EMILIA, LATORRE, D. JUAN, ALFONSITO, RAFAEL y JACOBO. Alfonsito está en el centro de la habitación en pie; los demás, sentados alrededor.

D. JUAN. ¡Admirable! ¡Admirable! (A sus hijos.) ¿Qué os parece?

RAFAEL. Muy bien, papá.

JACOBO. Muy bien.

D. JUAN. ¡Ya lo creo! ¡Es sencillamente admirable!

LATORRE. ¡Hombre, por Dios, no tanto! Tiene una gran memoria, eso sí...

D. JUAN. Y un gran entendimiento.

EMILIA. Y mucha aplicación.

LATORRE. ¿Quién alaba la novia?

EMILIA. Pasión no quita conocimiento, se suele decir. Porque sea mi hijo, ¿no he de reconocer que es muy aplicado?

D. JUAN. Es claro.

EMILIA. Además de que no hablo por

mi cuenta. Ahí están las notas del colegio de todo el curso, y ahí están las dos matriculas de honor.

D. JUAN. ¿Dos? Dos matriculas él solo. (A sus hijos.) Ya lo veis. Y vosotros ni una entre los dos...

ALFONSO. Gracias. (Con afectación y un aire de petulancia en todo lo que dice.)

EMILIA. Nos tiene muy contentos; pero estudia demasiado. Es una pasión por los libros.

ALFONSO. Me gustan tanto.

LATORRE. Para todo hay tiempo, y ahora, en el campo, á descansar y á robustecerse.

ALFONSO. Eso, Purita.

LATORRE. Claro que ella lo necesita más que nadie, y que por ella nos hemos venido á esta finca.

D. JUAN. ¿Y qué tal?

EMILIA. Parece un milagro. Llevamos solamente ocho días y

- tincen otro color, come con apetito.
- LATORRE. Como que el campo es la gran medicina.
- EMILIA. Por ella estoy encantada de este destierro; ¡porque como aburrido...!
- ALFONSO. ¡Ya, ya!
- LATORRE. Pronto os aburren las cosas. Pues no hay remedio. A todos nos hace falta embutecernos un poco.
- ALFONSO. ¡Papá!
- EMILIA. ¡Qué cosas tienes!
- LATORRE. Sí, hija, sí. Como esos peces que viven perfectamente en el agua, pero de cuando en cuando sacan la cabeza para respirar un poco de aire libre, nosotros que vivimos en el refinamiento de la vida moderna, debemos, de vez en cuando, asomarnos á la vida animal para aspirar un poco de naturaleza. ¿Eh? ¿Qué tal me ha salido el discurso?
- D. JUAN. (*Rafael y Jacobo aplauden.*) ¡Admirable! pero... Mira cómo les ha entusiasmado á mis hijos eso de la vida animal.
- LATORRE. Deja á los chicos, Juan. La has tomado con ellos.
- D. JUAN. Es que al ver lo que sabe el tuyo, me doy cuenta de lo negados que son los míos.
- LATORRE. Tanto como negados...
- D. JUAN. Sí, hombre, sí. Si el otro día me dijo Jacobo que los relojes del colegio iban con el *mediterráneo*. (*Alfonso rie á carcajadas.*)
- JACOBO. Quise decir el meridiano; ¡cualquiera se equivoca! Además, que eso no lo hemos dado todavía en el colegio.
- LATORRE. ¡Ya ves, Juan, si no lo han dado...!
- EMILIA. Alfonsito; dile al tío Juan lo que me explicaste ayer de la luna.
- ALFONSO. Si no tiene nada de particular. Era que en la luna pesan menos las cosas que en la tierra.
- D. JUAN. (*Asombrado.*) ¡Hombre...!
- ALFONSO. El peso de un kilo transportado á la luna, no tendría más que 165 gramos.
- D. JUAN. De modo que el negocio, de ser posible, consistiría en comprar géneros en la luna para venderlos en la tierra.
- LATORRE. ¡Ya salió el comerciante!
- EMILIA. No, Alfonsito, yo me refería á la distancia.
- ALFONSO. ¡Ah, sí! Pues la luna dista de la tierra...
- RAFAEL. (*Interrumpiendo.*) ¡96.157 leguas!
- D. JUAN. (*Maravillado.*) ¿Sabes tú también eso?
- RAFAEL. Sí, papá.
- D. JUAN. ¿Y cómo no me lo has dicho nunca?
- RAFAEL. Porque no me lo has preguntado.
- LATORRE. (*A don Juan.*) ¿Lo ves? ¿Lo ves como también estudian y saben? Lo que hay es que no todos tienen afición á *lucir sus conocimientos*.
- EMILIA. ¿Y lo del cañón?
- ALFONSO. (*A Rafael.*) ¿Sabes tú lo que tardaría en llegar á la tierra una bala de cañón disparada desde la luna, suponiendo que trajera una velocidad de 500 metros por segundo?
- RAFAEL. Eso no.
- EMILIA. (*Con satisfacción.*) ¡Ah! Dilo tú, Alfonso.
- ALFONSO. Tardaría en llegar á nosotros ocho días y cinco horas.
- D. JUAN. Ahí tenéis. Que aun cuando nos disparasen un cañonazo ahora mismo, no nos daban porque teníamos ocho días y cinco horas para escapar.
- LATORRE. Lo malo sería que lo hubieran disparado hace ocho días y cinco horas, porque nos reventaba en este mismo momento.
- D. JUAN. Tienes razón. ¡Es admirable!

Continuar.

LA CAZA DEL FANTASMA

En cuanto daban las doce de la noche, un fantasmón, envuelto en una blanca sábana y con un farol en lo alto de su cono de mago, empezaba á pasearse por las calles arrastrando á ratos por el suelo una chirriante cadena. Con la aparición del adfesio notó el tío Pancracio que de su corral iban desapareciendo las gallinas y los conejos, y, como sospechara que entre estos dos hechos pudiera haber un lazo que los uniera, determinó una noche vigilar su hacienda. Ya habrían dado las dos, cuando en lo alto del tejado apareció una cabeza seguida de unos hombros, y unos brazos, y u. torso, y al fin, de unas piernas, que graciosamente cabalgaron sobre el caballete. Así sentado, lo primero que hizo fué arrojar al corral sus atributos de fantasma, la sábana, el cónico cucurucho, el farol y la cadena. A continuación se tiró al suelo, y en cuanto cogió algunos conejos, se marchó.

El tío Pancracio lo dejó hacer su voluntad; pero á la noche siguiente, habiendo atravesado el corral con un fuerte alambre tendido á un palmo del suelo, se escondió armado de una tranca y de

un revólver, y esperó al cazador fantasma. No tardó éste en presentarse, después de haber sembrado el espanto en todos los vecinos, que, metidos hasta la coronilla dentro de las sábanas, todavía creían sentir el temeroso chirriar de la cadena. Diz que hasta el sereno, huyéndolo, se



acogía al sagrado de una taberna amiga. Previos, pues, los preliminares de la noche anterior, saltó al corral; pero como andados unos pocos pasos llegara al alambre, tropezó en él, y fué á clavar las narices en la dura tierra. El tío Pancracio, que esperaba este momento, se lanzó sobre él, y por vía de introducción le dió unos cuantos estacazos, alzando bien el palo y tendiéndolo cuan largo era sobre sus costillas; luego, haciéndole cosquillas con el revólver, le obligó á que se envolviera en la sábana y á que se cubriera la cabeza con el cucurucho, y al fin, sacándolo de su casa, lo ató fuerte y hábilmente á una de sus ventanas, le lió al cuello la espantable cadena, hizo pender de ella un conejo muerto, y, satisfecho de su hazaña, se despidió de él, diciéndole:



—¡ Buenas noches, amigo! ¡ Lástima que la caza tenga estas quiebras!

Y marchándose á su cuarto, se metió en la cama y se durmió...

Llegó la alborada, y en torno del atado fantasma se fueron reuniendo todos los vecinos. Los chiquillos se reían de él, las mujeres le increpaban y los hombres clavaban en él sus ojos hoscos é irritados. Atraído por el alboroto, llegó el alcalde, y entonces el tío Pancracio, saludándole, le explicó lo sucedido en los siguientes términos:

—Pues *na*, señor alcalde, que la fantasma se entretenía en cazarme los conejos y las gallinas de mi corral, y yo me entretuve anoche en cazar á la fantasma....

JOSE A. LUENGO.

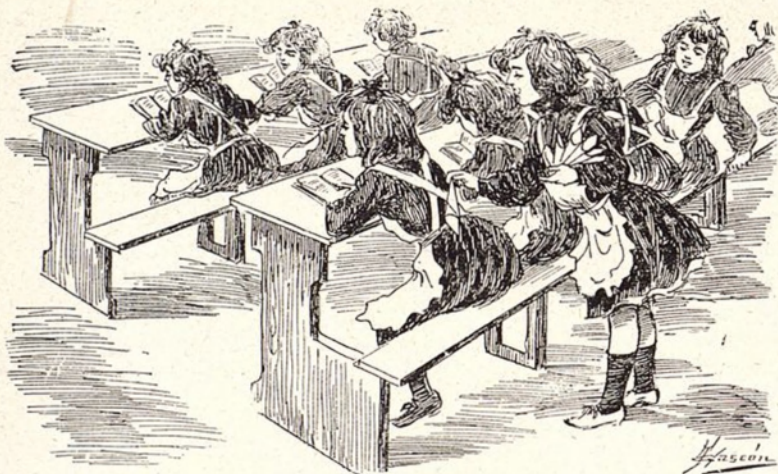


AMILCAR CONTRA LOS BARBAROS. CUADRO DE SURAND

La contemplación de este cuadro inspira un sentimiento de asombro y de terror. El artista se ha ceñido á la verdad histórica y ha presentado á nuestros ojos un episodio de las antiguas guerras, sin poner nada de su fau-

tasía. ¡Aterra el pensar lo que sería una carga de elefantes, animal tan terrible como cualquier máquina de las hoy empleadas en las batallas! Sólo al verlos aparecer, el enemigo se creería derrotado.

Ayuntamiento de Madrid



LAS BONDADES DE NINI

XXXVII

Pues señor, es muy aburrido esto de no hacer más que estudiar y coser y leer y escribir. Algunos días me aburro muchísimo en las clases, no lo puedo remediar. Uno de esos días en que todo me parece feo y triste, porque no me dejan cantar y chillar y reír y jugar todo lo que quiero, estaba yo en la clase de lectura, y la dije á Luz... ; Anda, ahora que pienso...! ¿Se acuerdan ustedes de aquella niña que se llama Luz? ¿La que me ayudó á romperme la cabeza cayéndome desde el árbol? Bueno, pues esa Luz es tonta de capirote. En cuanto la propongo hacer alguna cosa, ya está temblando y haciendo pucheros y acusándome á las madres; ¡la tengo que dar más mojicones y pellizcos para que se calle! Dice que me tiene miedo; ¡qué risa! A mí me gusta hacerla que me ayude, porque me divierte ver lo apuradísima que se pone... Como iba diciendo, la dije un día á Luz:

—Oye, tú; es necesario que nos divirtamos un poco, ¿no te parece?

—¡Ay, Virgen!—contestó.—¿Qué se la ocurrirá á este diablo de Nini?

—Pues mira—dije,—se me ocurre hincharte las narices por llamarme diablo. ¡Tonta, más que tonta!

—¿Pero qué quieres?—preguntó casi haciendo pucheros.

—¡Así me gusta verte, *valiente!*—contesté.—Pues quiero que vayamos arrancando tú y yo hojas de nuestros libros, sin que lo noten las madres. ¡Ah! y como me acuses, verás lo que te hago: lo menos, lo menos, te quemo la lengua... Y si no acusas te querré ¡la mar! Y cuando me traigan cosas los abuelitos, te regalaré muchas á ti.

Bueno. Con las hojitas que arranquemos, hacemos cucuruchos, ¿sabes tú? ¿Sí...? Yo también. Tú vas, callandito... callandito, al cuarto de la madre Teresa... y la quitas muchos alfileres del acerico... y me los traes; con cada alfiler pincho uno de los cucuruchos y se los vas prendiendo, por detrás, en los delantales, á las niñas... ¡verás qué risa...! Cuando llegue la hora de recreo, se juntarán en el jardín todas las niñas, con sus cucuruchos detrás, como si las hubiese salido rabo... ¡Lo que nos vamos á divertir!

—¡Pero nos van á castigar!—dijo Luz.

—¡Jesús, qué chica más ñoña!—contesté.—Iré yo; tú no hagas más que fabricar muchos cucuruchos ¡aunque se queden los libros sin hojas!

Así lo hicimos. Yo pedí salir de la sala de estudio para... para... para *eso*, ¡ea! Me fuí callandito y traje muchísimos alfileres. Luz tenía hecho un gran montón de cucuruchos; ¡huy, qué apuros pasamos para esconder todo en los pupitres sin que las *madres* se enterasen...! Llegó lo más difícil... ¿cómo prendérselos á las niñas...? No se me ocurría nada... y yo misma me decía: ¡Niní, te has vuelto tonta! ¡Ya no se te ocurrirá nada! ¡Antes todo lo encontrabas tan fácil, y ahora no sabes resolver nada, nada...! ¡Qué falta me hace el hermano de Piluca...! ¡A ese sí que se le ocurriría cómo prender esto...! A los chicos se les ocurren muchas más cosas... ¿qué haré...?

—¡Ah! ¡Madre Rosario!—grité.—¡Ay, ay, ay! ¡qué calambre tan atroz me da en esta pata...!

Las chicas se echaron á reír, diciendo:

—¡Niní tiene patas! ¡Niní tiene patas!

—¡Ya os lo contaré luego—pensé yo, y seguí chillando.—¡Ay, ay! ¡Madre Rosario! ¿Me permite que me levante á dar unos paseítos para que se me quite el calambre?

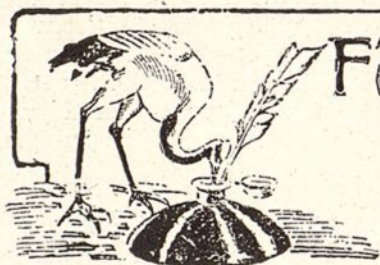
—Paséate, Niní—contestó la madre.

¡Qué gusto! Así lo hice, y al pasar por el lado de cada niña... ¡zas! con mucho disimulo la colgaba con el alfiler su cucuruchito correspondiente. ¡Atiza! Lo menos llevaba ya puestos ocho ó diez, cuando... ¡qué atrocidad...! me vió la madre Rosario, y mirándome muy enfadada, gritó:

—¡Señorita Niní! ¿Era ese el calambre? ¡Pensaba usted divertirse mucho con sus víctimas en la hora del recreo! ¡Pues hoy se queda usted sin recreo!

MARÍA ATOCHA OSORIO Y GALLARDO.





FABULAS ESCOGIDAS

EL LATIGO

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la villana idea
de zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa
que hubo la madre de notar la sisa,
y registrando con afán prolijo
el arca donde el hijo
guardaba con su ropa sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda,
y al muchacho le dió tan recia tunda,
que á contar de las piernas al cogote
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto á bajo:
«Mira cómo te luce tu trabajo.
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.»

Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



TIERRA SANTA. JERUSALEN

MURO DEL LLANTO DE LOS JUDIOS

Designase con este nombre á un muro que existe á la parte exterior de la mezquita de Omar y que formó parte del famoso templo construído por Salomón ó por sus sucesores. Está formado por grandes piedras hermosamente labradas que miden, en su primera fila, de dos á tres metros de largura, y van decreciendo de tamaño á medida que sus hiladas se van elevando, y alguna de las cuales está separada varios milímetros de la precedente. Delante de este muro se ve un callejón enlosado que mide unos 30 metros de largo por cinco de ancho. Cerrado al Norte por el Mahkamech, al Sur y al Oeste por viviendas particulares, y al Este por el referido muro, el angosto callejón es un verdadero "impase" de aspecto tan sucio como extraño.

Llenándolo por completo, todos los viernes del año, excepto aquellos que caen dentro de la fiesta de los Tabernáculos, los judíos más apegados al recuerdo de su culto y de su patria, reúnen allí para orar

y llorar sus cuitas ante el muro aquel, testimonio mudo de los males que les abruman desde hace veinte siglos.

En otro tiempo estos desgraciados acudían á rezar sobre el lugar que fué emplazamiento mismo de su llorado templo; mas después de la construcción de las mezquitas de Omar y El Aksa, se contentan con practicar su rito en la parte exterior del expresado muro.

Nada que más contriste y apene que las escenas que allí puede contemplar el viajero culto y de corazón sano. Ante las mudas piedras, cuya pátina delata el transcurso de los siglos, vense á hombres y mujeres que, unidos al muro, rezan y sollozan, recitando ó cantando de lúgubre manera sus preces y salmos...

Dice el rabino con contristada voz: "Por el palacio que está desolado..." "Por el templo que se mira destruído..." "Por las murrallas que son demolidas..." "Por nuestra grandeza extinguida..." "Por nuestros grandes hombres fallecidos..." Y la multitud, á cada uno de estos recitados contesta unánime, con acento de congojas y desmayo: "Yacemos solos y llorosos..."

Los turcos que, guardadores del orden, vigilan esta lamentable escena, no tardan en intervenir al menor signo de desavenencia ó de alboroto, muy fáciles en aquella aglomeración de apiñados seres, donde no faltan extranjeros importunos, y los infelices judíos son bárbara é inhumanamente sacudidos y golpeados con un látigo.

La crueldad y el despotismo turco son los encargados en la ciudad deicida de hacerles ver de clara manera toda la inmensidad de su desdicha y todo el peso de la culpa de sus padres.

En pocas partes como aquí puede verse de tan palpable manera todo lo tremenda de la maldición que sobre ellos acarreará la torpe inhumanidad de sus antecesores para con el Inocente Crucificado. La sangre del Justo caído ha sobre la frente de sus hijos, como aquellos demandaran á Pilato.

UNA LECCION



Enseña á Pepe, Francisca,
las señas para la brisca.



Mira al cielo la maestra...
—¿Qué es eso?—El as de la muestra.



—Guña un ojo, como ves,
siempre que tengas el tres.



—¿Y para el rey?—dice el chico.
—¡Hay que alargar el hocico!



—Para el caballo, en seguida
pondrás la boca torcida.



—Sacar la lengua denota
que has agarrado la sota.



—Si el triunfo á llegarte empieza,
dobla un poco la cabeza.



—Y si hay brisca, de repente
vuélvela completamente.



—Para un encarte feliz,
ponte un dedo en la nariz.



—Con la cara atribulada,
das á entender que no hay nada



—Y con la cara contenta,
la jugada es succulenta.



Terminada la lección,
rien con satisfacción.

Ayuntamiento de Madrid